



Un mensaje desde Haití: Sé de quién me he fiado (2 Tm 1, 12)

El P. Kenol, responsable de los Misioneros Redentoristas en Haití, se une a nuestra Pascua con esta meditación que refuerza la amistad y comunión que estamos viviendo con esta Iglesia. En este Sábado Santo, su voz es para nosotros la de tantos pueblos que esperan, resisten y trabajan, confiando en Dios y en el compartir

Al contrario que los Baales y los dioses de Mesopotamia, que son distantes, sordos, y mudos; a diferencia de los dioses griegos quienes, a menudo cansados y decepcionados, apartan su mirada de los hombres y su estupidez; al contrario de los dioses del vudú, que esperan de los hombres sacrificios para saciar su sed; la Escritura nos revela un Dios que está cerca, lento a la ira, lleno de amor (cf. Sl 86,15). Un Dios capaz de relacionarse y ser amigo de los hombres. Este Dios que se revela en la Biblia va incluso más allá en su relación con los hombres, pues no se contenta simplemente con ser misericordioso o bueno, sino que comparte nuestros sufrimientos, nuestras enfermedades, nuestras esperanzas y nuestra hambre.

La idea de un Dios cercano al hombre, capaz de acercarse a su miseria y su desgracia, aparece ya en el Antiguo Testamento. He aquí algunos textos:

El Señor YHWH viene en mi ayuda (Is 50,9).

Aunque se multiplican mis preocupaciones, tu consuelo deleita mi alma (Sl 94,19).

Y de nuevo:

*Los favores de YHWH no conocen límite, ni se agota su compasión;
se renuevan cada mañana (Lm 3,22).*

Este cuidado de Dios por cada ser humano aparece aún más claramente en este texto del libro del Éxodo:

"YHWH dijo: He visto la miseria de mi pueblo en Egipto. He escuchado su grito de socorro delante de sus opresores. Conozco sus angustias y he descendido para liberarlos " (Ex 3, 7-8)

Estas palabras alcanzan su plena realización en la encarnación de Cristo. En efecto, en Jesús, Dios viene a unirse a nosotros en este mundo que sufre. Se compromete para siempre con la humanidad, marcada por mal.

A través de los Evangelios, vemos que Jesús no huye del mal. Sale al encuentro de los hombres ahí donde están, donde viven, incluidas todas las situaciones de dificultad. Viene a

nuestro encuentro para derrotar el mal, pero también a sufrirlo en su propia carne. De hecho, las palabras y las acciones de Jesús nos revelan un Dios capaz de compasión, de ternura y empatía hacia los hombres. El evangelio del Quinto Domingo de Cuaresma de este año es un texto fundamental que resume perfectamente lo que hemos dicho hasta ahora.

Jesús, al verla llorar, y a los judíos, que también lloraban, lanzó un hondo suspiro y se emocionó profundamente. Después les preguntó: “¿Dónde lo habéis sepultado?” Ellos contestaron: “Ven, Señor, y te lo mostraremos”. Entonces Jesús rompió a llorar. Los judíos comentaban: “¿Cómo lo quería!” (Jn 11: 33-35)

¿Habéis oído hablar de un Dios que llore la muerte de su amigo?

Este Dios compasivo y fiel sigue caminando por nuestras calles, nuestras ciudades y nuestros campos. Está en el centro de nuestras vidas y nos hace vivir. Lo he conocido en personas que vinieron a ayudar después del terremoto en Haití. He gustado su compasión en las acciones de solidaridad de muchos países que han venido espontáneamente en ayuda a los pobres de mi país. También lo conocí en este pueblo maltratado que nunca ha perdido la esperanza.

Después del 12 de enero, esperaba vivir en un país donde reinase la desesperación, un país sumergido en la resignación, la desolación, el desánimo y la duda. Pensé que me iba a encontrar por todas partes las huellas de la muerte. Sin embargo, he descubierto personas que participan en una lucha contra el mal, para desenmascararlo, por usar una expresión de San Pablo. Por supuesto, los signos de la catástrofe están ahí, la gente aún vive en tiendas de campaña. En algunos lugares no tienen ni alojamiento ni comida. Pero no se suicidan, continúan teniendo esperanza.

Hay esperanzas puestas en el próximo gobierno. Pero sobre todo esperamos en Dios. Porque, en el corazón de su sufrimiento y su miseria, reconocen un Dios que continúa a acompañándoles, que les reconforta. También, a pesar del sufrimiento, la miseria y las privaciones, el pueblo sigue confiando en la fidelidad de Dios. Dios ha estado siempre presente en nuestra historia. Es el «*Bondié bon*», es decir, Aquel que viene siempre en ayuda de su pueblo. Debemos seguir teniendo fe en nosotros, continuar alabándole y glorificándole. Su amor dura de edad en edad.

Por último, añadiría que el pueblo de Haití ha experimentado el terremoto a la luz de la Cruz de Cristo. La Cruz es ante todo el escándalo del mal: la muerte del justo, del inocente. Pero también es un lugar de esperanza. Porque este es el lugar donde el Hijo hace de manera extraordinaria la experiencia del amor del Padre, es también el lugar donde Dios se une a nosotros en el corazón del mal para llamarnos a la vida. Para volver a San Pablo, estamos convencidos de que ni muerte, vida, ni riqueza, ni pobreza pueden separarnos del amor de Cristo. Así, en medio del sinsentido, encontramos siempre un sentido. Seguros del amor de Cristo y fuertes en nuestra fe, podemos vivir la alegría en el corazón mismo del sufrimiento, bendecimos al Señor en todo momento, y le bendecimos cantando.